

FUNDIDO A NEGRO

Milkor Acevedo



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.baileelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

*I don't want my freedom
there's no reason for living with a broken heart*¹

Queen. *It's a hard life*

*And we're always slipping thru the cracks
Then the movie's over, fade to black
Life is a lemon and I want my money back*²

Meat Loaf. *Life is a lemon*

1. (No quiero mi libertad / no hay razón para vivir con un corazón roto).
2. (Y vamos siempre deslizándonos a través de las grietas / la película finaliza, fundido a negro / La vida es un limón y yo quiero de vuelta mi dinero).

«Todos estamos planeando en secreto nuestro escape». No recuerdo de quién es la frase, si la leí en algún libro, la escuché en una película, o simplemente alguien la citó en mi presencia. Ni siquiera estoy seguro de repetir las palabras exactas en el orden adecuado, pero la idea permanece fiel.

Lo cierto es que desde que la descubrí, la frase me ha acompañado a lo largo de estos últimos años. Consciente o inconscientemente, una y otra vez me he encontrado regresando a ella para comprender ciertos actos que a la difusa luz de la simple lógica no parecían encontrar clara explicación. Siempre me ha parecido curioso lo poco que nos conocemos (quizá deba corregir y utilizar la primera persona, qué puedo saber yo lo que pasa por la cabeza de los demás si en ocasiones tanto me cuesta saber lo que pasa por la mía). Pues eso, lo poco que me conozco. Cuántas veces me he encontrado en la extraña situación de estar realizando acciones, tomando decisiones, hablando, opinando, traicionando, amando, odiando, rechazando, condenando, perdonando... sin estar plenamente consciente de los motivos que me han llevado, en tan incontables oportunidades, a obrar de modo disparatado o sencillamente estúpido. Luego, pasado un tiempo, y como si de otra persona distinta y ajena se tratase, he logrado comprender el porqué de mi proceder, las razones se desvelan, las piezas encajan, y me digo con ridícula lucidez: «así que por eso yo actuaba de manera tan absurda». Supongo que los

psicólogos disfrutarían conmigo (o quizá disfrutan con todos, o con ninguno, porque por algo van los pacientes a un psicólogo, no sé del caso de ningún paciente que al recostarse en el diván diga «doctor, me parece que no tengo ningún problema, ¿es eso grave?»). Y es que si bien en un principio ignoraba las razones de mis actos, o simplemente qué demonios quería yo, luego muchas respuestas se han aclarado con esa simple frase que me repito en tono paternal para a veces excusar acciones condenables o vergonzosas: «Todos estamos planeando en secreto nuestro escape».

Creo que es cierta. Al menos en la inmensa mayoría de los casos y la mayor parte del tiempo. Salvo en las ocasiones, muy contadas a lo largo de nuestras vidas, en que hayamos encontrado un nuevo amor, un nuevo trabajo, nos hayamos mudado a otra ciudad, otro país, hayamos concebido a un hijo, cobrado una herencia, o casos similares, lo más probable es que nos encontremos urdiendo nuestra huida. Y aun estos casos excepcionales en realidad no constituyen salvedad alguna, ya que precisamente consisten en escapes finalmente ejecutados que tan sólo postergarán la elucubración de una nueva evasión, así que no contradicen la esencia del lema en ningún momento.

El enunciado en cuestión vendría a ser la consecuencia lógica y natural de un encadenamiento de raciocinios que tendría su origen en una pregunta que creo que todos, en algún momento y con palabras parecidas (si no exactamente las mismas), nos hemos formulado: «¿Qué coño estoy haciendo con mi vida?». Pero lo más importante de la bendita frase es su verbo: «planear». Nótese que no dice simplemente «Todos estamos escapando». No, lo importante es planearlo, aunque nunca podamos llevarlo a cabo; allí radica nuestra condena y tortura. No estamos satisfechos con nuestras vidas, estamos atrapados en la telaraña de nuestras propias existencias, pero tampoco sabemos si podemos o queremos cambiarlas drásticamente. Nos conformamos con sopesar las hipótesis y pensar en silencio: «y si tuviera el valor...». En el fondo sabemos (o



quizá simplemente lo sospechamos) que, en primer lugar, son pocos los medios que disponemos para hacer realidad la ansiada fuga; y si en algún momento la ocasión se presenta, lo más probable es que no tengamos el valor, las agallas, el temple y la sangre fría para apretar el gatillo, quemar los puentes y bajar el telón (y séame por favor excusada la ingente cantidad de lugares comunes desparrramados en tan breve espacio, pero el tema del escape ya se encuentra bastante ajado de por sí y se presta para ello). Y finalmente, si hemos tenido el coraje y hemos superado las pruebas anteriores, aún nos espera la más difícil e inmisericorde de todas: la amenaza del arrepentimiento, el fatal y tardío descubrimiento de que «antes estábamos mejor», lo que nos llevará irremisiblemente a tejer un nuevo plan de evasión, y así sucesivamente. Por fortuna, son muy contadas las opciones de nuevos rumbos que se nos suelen presentar, porque de otra manera nuestra existencia sería un camino tortuoso en el que nos hallaríamos constantemente paralizados por la indecisión y la incertidumbre. Y dichas oportunidades se reducen aún más con el pasar y pesar de los años, tras los cuales ya no sólo no deseamos realizar ningún escape, sino que nos aterra la idea de que sean los demás quienes escapen de nosotros.

Porque en el fondo no sabemos qué queremos, o qué es lo que más nos conviene, o qué será más duradero, más condenable o más beneficioso. Nadie puede saber a ciencia cierta qué depara el futuro, qué nos espera a la vuelta de la esquina luego de haber pronunciado la palabra definitiva, así que quizá sea preferible no arriesgar. «Más vale pájaro en mano que cien volando», «Mejor malo conocido que bueno por conocer», y así podríamos seguir infinitamente apoyándonos en la sabiduría popular para aclarar el dilema. Sólo sabemos que en muy pocos casos contamos con una segunda oportunidad con la que podamos dar marcha atrás a decisiones erradas. La vida no está hecha de ensayos, los errores se pagan caro y rara vez pueden ser enmendados, y las equivocaciones pueden presentarse por acto u omisión. Lo más probable es que nos acompañe

la desagradable certeza de que cualquier decisión que tomemos (o la ausencia de ella) será perjudicial. Así que lo mejor es permanecer cobardes, resignados y sin opción, cruzando los dedos para que no se nos presente ninguna encrucijada en el camino, y mientras tanto seguimos planeando secretamente nuestro escape que con un poco de buena (¿o mala?) suerte llevaremos un día a cabo.

Pero a veces es inevitable. Las opciones se presentan imperitinentes y entran sin tocar. Uno debe sentarse y conversar un poco con ellas, marearlas y así poder ganar un poco de tiempo, sabiendo que es inútil porque tarde o temprano tendremos que cerrar los ojos, lanzar los dados y desear que la pérdida no sea escandalosa.

Hay muchos tipos de escape, grandes y pequeños, fáciles y difíciles, transitorios y definitivos (aunque la verdad dudo que exista alguno definitivo, mejor llamémoslos «a largo plazo»). Mi vida ha estado plagada de pequeños escapes. Sin embargo, guardo bajo la manga el gran escape. Soy tan cobarde que ideé una evasión increíblemente difícil de llevar a cabo, casi imposible, aunque eso era lo que yo pensaba. Otra frase popular, no muy original pero no por ello menos cierta, dice: «Ten cuidado con lo que desees, porque puedes terminar consiguiéndolo», aunque en inglés suena mucho mejor.

Pues mi gran escape (más que un escape es una imagen) es el siguiente: Estoy en Nueva Zelanda, en una cabaña de madera. Junto a mí reposa una hermosa chica rubia. Un perro enorme me despierta bañándome el rostro con su lengua. Me levanto y me dirijo a la ventana. A través de ella puedo ver un pequeño rebaño de ovejas y, más allá, las verdes colinas que se pierden en el horizonte.

Pues eso es todo. Lamento decepcionar. Mi gran escape es estar perdido y aislado en un paraíso bucólico de Tolkien, alejado del mundo, sin más contacto con la especie humana que la presencia de una atractiva chica de rasgos nórdicos (no tiene por qué ser neozelandesa, escandinava vendría bien para el caso), una innumerable colección de libros imprescindibles que jamás he leído (y que sospecho jamás llegaré a leer) y el conductor del camión que una



vez por semana pasaría a recoger la lana que se haya acumulado en el depósito y entregarme la mercancía necesaria para mi supervivencia.

Ahora que repaso mi vida (trabajando en este centro de acogida de animales abandonados, perdido en las afueras de Barcelona, créanme que me sobra el tiempo para repasar mi vida una y otra vez, algo que no me ayuda en absoluto, más bien al contrario, pero tampoco tengo cabeza por los momentos para sumergirme en alguna novela que pase de doscientas páginas y cuyos personajes no sean detectives y asesinos), me doy cuenta de que, salvo en el caso de la gran fuga neozelandesa que aún no he perpetrado y ya dudo que alguna vez lo haga, he intentado siempre dar rienda suelta al instinto escapista, aunque sospecho que a partir de ahora sólo me contentaré con analizar las pocas opciones que me van quedando. Han sido todos ellos (los escapes, me refiero) apuestas arriesgadas en mayor o menor grado, aunque todos, sin excepción, pertenecen a la clase «transitoria». Nunca tuve el valor o la determinación para realizar la huida «definitiva», siempre lo fui dejando para más adelante porque pensé que aún no había llegado el momento, pero la verdad es que es prácticamente imposible saber de cuál momento estamos hablando. Unos escapes obtuvieron éxito, otros no tanto, algunos han representado pérdidas terribles, pero viéndolos ahora en conjunto, encadenándolos en orden, concluyo que son los responsables de que ahora me encuentre en este hueco, jugando con una vieja perra arteriosclerótica que le falta un ojo y rebobinando a cámara rápida la película de mi vida, y lo que veo no me gusta. «La Historia Autorizada de Iván Rodríguez» no tiene sentido, o al menos lo tenía pero ahora el guionista se ha quedado sin inspiración. Comienza bien, quizá un poco lenta al principio, pero eso es normal, luego el ritmo se acelera, se suceden una y otra vez los cambios de giros para enganchar al espectador, algunos no tienen ni pies ni cabeza, a veces el argumento es caótico aunque no deja de

ser entretenido, pero de pronto, ya hacia el final, el ritmo se ralentiza de nuevo, los episodios, cada vez más distanciados unos de otros, no guardan entre sí relación aparente, da la impresión de que cambiamos bruscamente de director, como si de repente Woody Allen renunciara por falta de presupuesto, o porque en realidad no supiera muy bien hacia dónde se dirige el argumento, y en su lugar hubiesen puesto a..., no sé, algún director iraní, y el público comienza a impacientarse y a revolverse en sus asientos. Ahora se trata de un filme intimista, pocos diálogos, poca acción, y alguien dirá que hay que esperar un poco, que hay un mensaje esperanzador sugerido en la trama, en cualquier momento se revelará el sentido, sólo hay que usar un poco la cabeza, pero no, mucho me temo que ya no hay nada más. Fin de la historia, fundido a negro y créditos ante la sorpresa del espectador.

Mi película era prometedora, aunque supongo que casi todas lo son, pero sólo unas pocas logran mantener en vilo al público durante todo el metraje, y apenas un puñado de ellas conservan hasta el «The End» un argumento sólido, convincente, coherente. Ahora que lo pienso, quizá éste sí sea el escape definitivo, un escape no buscado, involuntario, impuesto, que se ha presentado como categórico por el simple hecho de que todas mis opciones se han esfumado de pronto. Un exilio concluyente motivado por la desaparición de las salidas de emergencia.

No me malentiendan, no se trata de pensamientos suicidas ni nada por el estilo, apenas acabo de cumplir los treinta y dos años (aunque no sé si retirar lo de «apenas») y puede que suene demasiado fatalista o apocalíptico. No es que me excite enormemente la idea de seguir viviendo hasta los ochenta años y saber que lo mejor hace tiempo que quedó atrás, pero tampoco voy por ahí repitiendo aquello de que «la vida es una mierda» y buscando una pistola para volarme la tapa de los sesos. Es una pena que uno no pueda suicidarse más que una sola vez en la vida, así que no me atrevería a tomar una resolución tan drástica y que significaría el único y ver-



dadero escape definitivo. Sencillamente ahora tengo el temor de que ya no haya nada más interesante que contar y tener que pasar el resto de mi vida con la incómoda compañía de un sentimiento que se parece mucho a la tristeza y que no quiere alejarse de mí.

Viví todos estos años suponiendo que el gran premio-sorpresa estaba aguardando por mí tras la cortina roja, sencillamente aún no había llegado el fastuoso momento de la entrega. ¿Qué podía ser aquello que jamás llegó? Nunca lo sabré. ¿La fama y la gloria con el rock and roll, dirigir una película y ser nominado a los Oscar, conseguir una mujer increíble de la que no me desenamorase tarde o temprano? Quién sabe. Lo cierto es que si llegó lo dejé pasar y ni me enteré, y si no lo hizo ya es demasiado tarde. Ahora hay que apretar los dientes y vivir una vida más, por qué la mía iba a ser distinta. Siempre actué como si el mundo tuviera una obligación conmigo, algo grande estaba prometido y reservado para mí, pero quién no ha pensado así en algún momento; como si en el cielo unos extraterrestres hubiesen estado siguiendo cada uno de mis actos y pensamientos, y sin yo tener necesidad de esforzarme o de demostrarle nada a nadie, un día decidieran entrar en contacto conmigo y me dijeran: «Hola, te hemos estado estudiando, y hemos llegado a la conclusión de que eres el elegido. Éste es tu premio», y yo lo hubiese recibido encantado, pero no muy sorprendido (del premio; de los extraterrestres sí que me hubiese sorprendido), porque al fin y al cabo me lo tenía merecido.

Me pasé la vida dejando todas las puertas abiertas, entrando por algunas, ignorando otras, pensando que nunca se haría tarde, y en algún momento comenzaron a cerrarse a mis espaldas y yo no me enteré a tiempo. Ahora las luces se encendieron y hay que abandonar la sala.

En realidad mi vida no merece ser contada, pero como casi ninguna merece serlo igual lo voy a hacer.